

# La operación Escudo del Desierto

RAFAEL L. BARDAJI  
*Director del  
Grupo de Estudios Estratégicos  
(GEES)*

**E**L 6 de agosto, cuatro días después de la invasión de Kuwait por las fuerzas de Iraq, los EE.UU., con el beneplácito de las autoridades saudíes, ponen en marcha aceleradamente las primeras medidas militares contra las tropas de Sadam Husein y cuyo objetivo era la defensa territorial de Arabia Saudí. De ahí el nombre de la operación, Escudo del Desierto. No obstante, a medida que las negociaciones diplomáticas no daban sus frutos y que Sadam Husein seguía empeñado en considerar Kuwait una provincia más de Iraq, la necesidad de una acción ofensiva de desalojo del invasor se fue haciendo más evidente. Por eso, el Escudo del Desierto se iría transformando paulatinamente en una operación no ya meramente defensiva, sino garante de sostener el crecimiento de las fuerzas necesarias para un contraataque sobre Kuwait. Y como sabemos hoy, tanto en su orientación defensiva como en la de build-up, la operación Escudo del Desierto fue todo un éxito.

No obstante, algunas consideraciones sí son necesarias a la hora de valorar el éxito de la operación y sus implicaciones para el mañana.

En primer lugar, tanto las autoridades saudíes (a las que por medio de su embajador en Washington, el príncipe Bandar bin Sultan, se les hizo llegar fotografías por satélite del sur de Kuwait en las que se veía una disposición de los carros iraquíes evidentemente ofensiva)

como las americanas sintieron la necesidad de una fuerza físicamente presente y significativa en el territorio amenazado como muestra del compromiso inequívoco militar. Carentes de bases en la zona, lo que EE.UU. podía despachar velozmente fueron dos escuadrones de F-15 y algunos B-52, los primeros con destino en Arabia Saudí y los segundos en la base de Diego García. Con 48 horas más, los primeros elementos humanos de la 82 brigada aerotransportada comenzaban a llegar a Ryad y Dahrán.

En segundo lugar, los planificadores norteamericanos se vieron metidos de lleno en la contradicción de tener que desplegarse rápidamente en Arabia Saudí, lo que sólo podrían hacer mediante el envío de unidades ligeras, y tener que enfrentarse a un ejército como el iraquí, altamente mecanizado y muy voluminoso. Si el enemigo no se trata de unidades no regulares o de ejércitos muy pobres, el Golfo puso de relieve que las unidades ligeras más aptas para desplazarse rápidamente, son también las más fáciles de ser vencidas en combates de alta intensidad. Como expresaría el general Colin Powell, "ser ligero y letal es muy bueno, pero ser pesado y letal, también."

En cualquier caso, lo cierto es que la presencia incluso de tropas poco adecuadas materialmente para oponerse a los carros y blindados de Sadam Husein, bastó para disuadir a éste de invadir Arabia. Efectivamente, podría haber aca-

bado con la 82 aerotransportada, pero eso no hubiera hecho sino forzar aún más el compromiso de los EE.UU. con Arabia y garantizar su intervención armada desde los primeros momentos. Por eso, el despliegue de los primeros soldados americanos de una manera rápida resultó crucial para la posterior evolución de la crisis.

No obstante, como en Washington han debido aprender también, no basta con enviar una presencia simbólica. Es verdad, hay que poder llegar, pero hay que poder proyectar unas fuerzas militarmente significativas, que puedan hacer frente a las capacidades del agresor.

Llegar rápido fue muy importante, quizá lo fundamental para el Escudo del Desierto, pero llegar con el máximo de equipamiento y material y seguir llegando resultó decisivo para lograr, primero, una postura defensiva creíble, y, después, poder adoptar opciones que trascendieran lo meramente defensivo y permitieran una campaña contra las tropas de Iraq, como la exitosa Tormenta del Desierto.

Ahora, y en tercer lugar, como ha quedado bien patente, el movimiento de cantidades importantes de hombres y material no es una actividad baladí, o sino algo lento y costoso.

El primer objetivo numérico del plan americano consistía en desplazar unos 150 mil soldados en una primera fase, para luego, en una segunda etapa, seguir incrementando la cifra hasta tener en la

zona, entre fuerzas terrestres, marines y fuerza aérea unos 230 mil hombres. Adicionalmente, los buques de la NAVY añadirían unos 60 mil hombres más.

Para ello se contaba con diversas medidas: primeramente la intensificación de la disponibilidad de los aparatos de transportes en activo hasta alcanzar en los C-5 y en los C-141 niveles de casi el 90%; en segundo lugar la reactivación de unidades en reserva y de la Guardia Nacional (14 escuadrones fueron reactivados en total); en tercer lugar, la puesta en marcha del programa CRAFT, para la utilización de unidades civiles consideradas reserva estratégica (se recurrió a unos 40 aparatos Boeing 747, DC-10 y L-1011 TriStar, para el desplazamiento de tropas y material); en cuarto lugar, el alquiler de aviones a terceros países; en quinto lugar la activación de la reserva estratégica de buques de transporte rápido (7 en total); y, por último, el uso de los buques preposicionados con material en la base de Diego García.

El ritmo de la operación de transporte, sobre todo el aéreo, nunca antes se había conocido. En el primer mes del Escudo del Desierto, un aparato aterrizaba en Arabia Saudí cada 10 minutos, habiendo depositado más hombres y material que en los tres primeros meses de la guerra de Korea o que en los ocho iniciales de la de Vietnam

- Los aviones, a comienzos de septiembre, había transportado más de 75 mil soldados y más de 65 mil toneladas de equipo.

No obstante, la realidad suele acabar con los planes, y no faltó la sorpresa por la lentitud e incluso retrasos con que llegaban a Arabia Saudí elementos considerados vitales para una defensa eficaz. Junto a la 82 se alinearon en los primeros días la 101, también aerotransportada, y una brigada expedicionaria de los marines (en realidad de la talla de una división estándar del US. Army), pero las fuerzas mecanizadas arrivaban con cuentagotas.

Los primeros carros, los M-60, procedían de la base en la isla de Diego García. Se trataba de material preposicionado, destinado a ser usado en algún lugar en algún momento, como en esta crisis. Pero los más potentes M-1a y, en general, carros en número suficiente, tardaron más de lo previsto inicialmente. Así, solo a mitad de octubre, los mandos militares norteamericanos declaraban su confianza en que el sistema defensivo en Arabia Saudí podría contener cualquier agresión. Entonces aún seguían llegando soldados del 3 Regimiento Acorazado de caballería y de la 1 División de caballería.

Según la mayoría de los cálculos, los EE.UU. contaban con poco más de 100 mil hombres en tierra, esto es, unas 4 1/2 divisiones equivalentes a las que cabría añadir una brigada expedicionaria de marines que se encontraba embarcada próxima a las costas del Kuwait invadido.

Posteriormente, el secretario de defensa americano, Richard Cheney, anunciaría a finales de octubre el envío de 100 mil hombres más y, pocos días más tarde, la llamada al servicio activo de otros 100 mil reservistas. El objetivo de este nuevo build-up buscaba aumentar la presencia norteamericana en la zona hasta algo más de 400 mil soldados.

Las razones eran básicamente dos: mostrar el compromiso con la opción bélica si Sadam Husein no abandonaba Kuwait, esto es, reforzar la credibilidad, y, por otro lado, dotarse de las capacidades bélicas necesarias para conducir exitosamente una campaña contra las tropas iraquíes en el sur de Iraq y en Kuwait, zona conocida como el teatro de operaciones kuwaití.

Tropas enemigas, por lo demás, que también crecían en número y que entonces se calculaba que habían pasado de algo más de 100 mil a cerca de 400 mil.

La segunda fase del Escudo del Desierto agudizaría los problemas ya encontrados en las semanas anteriores para la proyección de fuerzas pesadas, fundamentalmente su

peso y su volumen. Así, por ejemplo, un batallón mecanizado del US Army "pesa" 2.500 toneladas como media y para transportar sus vehículos se necesitan 60 C-141 o 5 C-5 "Galaxy", más tres aparatos para el personal y unos 15 para el resto del material. Casi 100 aviones. Para colmo, un C-5 sólo tiene capacidad para cargar un carro de combate por salida.

Es más, el parque aéreo se veía también constreñido por la distancia al Golfo, unas 12 horas de vuelo, lo que impedía más de una descarga al día y lo que exigía, además, una extremada dependencia de repostado a medio camino. La guerra del Yom Kippuer en 1973 había mostrado que el repostado en vuelo producía una aceleración notable de las comunicaciones, por lo que en esta ocasión, los cargos procedentes de los EE.UU. usaron el Mediterráneo como zona donde reabastecerse gracias a una flota de KC-135 y KC-10 nodrizas, albergados en bases europeas.

De todas formas, el grueso del material, un 85% de todo lo transportado, tuvo que ser trasladado, lógicamente, por mar. Más de 225 buques movieron unos 2'5 millones de toneladas de material de las que sólo un 10% se encontraban ya preposicionadas. Pero también aquí ha habido notables diferencias. Para mover una división se requiere una capacidad de carga de más de 260 mil toneladas de registro bruto y un espacio variable dependiendo del tipo de unidad.

Igualmente, cabría añadir otras miles de toneladas para el sostenimiento de esa división (entre 30 y 50 mil, según su actividad y operaciones). Así el empleo de los 7 (más un octavo al que tuvo que darse de baja por problemas estructurales) barcos superrápidos de transporte se vio monopolizado por el traslado de una sola división acorazada destinada al Golfo, la 24 División de Infantería, ocupándolos por más de 10 días. Era tal la desproporción entre los medios y el volumen de material que se acudió a la reserva y a cargos de compañías civiles. A veces de otros países.

Como muchos analistas han criticado durante años, la Marina siempre tenderá a comprar buques de combate a expensas de las capacidades de transporte. Ninguna Marina en ningún país quiere ejercer de mero taxista de las tropas de tierra. Sin embargo, la operación Escudo del Desierto, así como la posterior expansión de los niveles de fuerza, han dependido, sobre todo, de la capacidad de transporte rápido. Si las crisis del futuro se siguen presentando en lugares distantes de las bases propias, el contar con una capacidad de proyección de fuerzas será algo vital. Enseñanza que no hay, tampoco, que olvidar.

En cualquier caso, el build-up de la segunda fase, no daría mayores problemas a la planificación del transporte desde los EE.UU. Se contaba con una menor urgencia, y más semanas de tiempo, además de con la experiencia inicial. El mayor límite que se le imponía era, paradójicamente, la capacidad de descarga, almacenamiento y distribución en suelo saudí.

Por un lado, pocos aeropuertos podrían acoger y mantener a lo grandes cargos, especialmente a los civiles que no contaban con capacidades para el despegue y aterrizaje en pistas cortas o no muy cuidadas. Por otro, los problemas logísticos derivados del enorme volumen de cosas a manejar. Pues hay muchas más cosas en movimiento que las tropas y el material de combate: todo aquello imprescindible para mantener funcionando un ejército alejado de su tierra. Desde munición y combustible hasta la comida o el correo de casa.

De hecho, sostener durante semanas un volumen de fuerzas como el empleado en Arabia Saudí constituye por sí solo un complicado asunto. Baste la anécdota inicial de los 7 litros de agua que debían beber los soldados en su periodo de aclimatación al desierto, un lugar donde si algo escasea es, precisamente, el agua. Y el agua, aunque sea embotellada, pesa y ocupa su lugar. En comida, un sol-

dato significaba unos 3 Kilos de peso al día. Si se contabiliza todo su consumo medio, incluyendo el material de combate, un soldado puede exigir más de 50 kilos/día, unas 5 veces si es un marino, y 10 más si es aviador.

Es verdad que los requerimientos logísticos varían enormemente según la actividad que se realiza, pero como media, una división acorazada norteamericana consume en la defensiva unas 500 toneladas de munición, según la intensidad de las maniobras, pero debe mantener en reserva unas 3.000 para poder hacer frente a cualquier ataque. Unas 350 de combustible, 40 aproximadamente de repuestos de todo tipo, y algo parecido en aprovisionamiento alimentario. Es más, como han podido comprobar una vez más los militares americanos, el desierto exige casi 5 veces más de todo, agua, combustible, repuestos, horas de mantenimiento, etc., que otros ambientes.

Para las famosas "Ratas del Desierto" británicas, un día de operaciones defensivas suponía 500 mil litros de combustible, 50 toneladas de raciones y 400 mil litros de agua.

Con la decisión de mover las tropas terrestres al Oeste de Kuwait para lanzar la ofensiva final a través de suelo iraquí, las exigencias logísticas se elevarían aún más, en la medida en que las fuerzas se alejaban más de 600 kilómetros de sus áreas de mantenimiento. Así, no es de extrañar que por cada carro de combate M-1a, el ejército americano tuviera que desplegar 10 vehículos de apoyo (recuérdese que un batallón de carros cuenta con 58 unidades). Ni que la organización de la logística pasara de estar en las manos de 300 oficiales y suboficiales a más de 30 mil soldados.

En fin, un temor que se probó finalmente exagerado a tenor de la velocidad de la resolución de la guerra, estribaba en la capacidad de la base industrial de la defensa de proveer del material necesario en el número requerido y en el tiempo justo.

De hecho, en noviembre y diciembre, el Pentágono alteró la normativa para ciertas industrias de la defensa a fin de garantizar que no le faltarían a sus tropas elementos sustanciales para el combate, pues de nada sirven los soldados si no pueden moverse o no tienen qué disparar al enemigo.

Un ejemplo típico de ese debate fue el material individual de protección química. Inicialmente Estados Unidos contaba con algo más de un millón de trajes, pero, según el Pentágono, se necesitarían un mínimo de 3 millones si las operaciones terrestres duraran algunos días, ya que un traje, una vez fuera de su estuche se degrada en algo menos de 3 semanas, y si está expuesto a agentes químicos su vida media es escasamente de 24 horas. Y es sólo un ejemplo.

Afortunadamente, los agentes químicos no hicieron acto de presencia en el campo de batalla. Otros ejemplos sobre munición guiada por láser o misiles de crucero, también se revelaron como exagerados. En el Golfo no llegó a faltar munición ni material de guerra.

En conclusión, la operación Escudo del Desierto fue todo un éxito en sus objetivos, pero lógicamente, sufrió de los problemas de proyección de la fuerza a una zona extremadamente alejada de los EE.UU. y de un ambiente difícil, como es el desierto, para las operaciones bélicas.

No obstante, siendo graves los problemas expuestos, el lento desenvolvimiento de la crisis y una acertada planificación lograron limitar las consecuencias negativas de los problemas creados. De hecho, la mejor prueba de que fue así, fue la retirada iraquí de Kuwait. Ahora bien, que los planificadores políticos y militares occidentales debieran tomar buena nota de las deficiencias incurridas y de sus causas, para poder resolverlas, no es que sea una necesidad para hacer frente a las contingencias indeseadas que pudiera traer el futuro, es su obligación nacional ■